

tienen unos días destinados para el Señor y otros para el siglo: gentes á quien una comunión no les cuesta mas que un día de molestia y de cuidado; que en este día no juegan, no miran, no se dan al público, no maldicen, no frecuentan las concurrencias; pero este régimen no dura mucho tiempo; toda la devoción acaba con la solemnidad del día; es una acción de pura ceremonia; quedan satisfechos con esta corta suspensión; vuelven tranquilamente á sus primeros caminos, porque antes habian hecho consigo mismos este pacto; viven con tranquilidad en esta pacífica mezcla de lo profano y sagrado: los Sacramentos nos calman acerca de los placeres; los placeres, para que nuestra conciencia esté mas sosegada, nos conducen á los Sacramentos, y somos medio buenos para poder ser mundanos sin escrúpulo. De este modo vamos al altar con un gusto estragado con las diversiones y alegrías del siglo, con el embarazo de los negocios y con el tumulto de las pasiones: no percibimos las inefables dulzuras de esta celestial vianda; hallamos aun al pié del trono de la gracia las imágenes de los placeres de que acabamos de salir; los intereses que nos ocupan, los proyectos que nos embarazan, las ideas que nos apartan del altar para mas estrecharnos con el mundo, hacen en nuestro corazón impresiones mucho mas vivas que la presencia de Jesucristo. Pero Señor, ¿no era contra estos monstruosos cristianos contra quienes indignado vuestro profeta os decia en otro tiempo: *¡Ah, Señor! sea para ellos vuestra mesa un lazo, un castigo y una piedra de escándalo?*¹

En segundo lugar. Comulgar en memoria de Jesucristo es querer despertar con la presencia de esta prenda soberana toda la impresión que su memoria puede hacer en un

¹ Psalm. 68. v. 23.

corazón que le ama. La ausencia entibia las mas finas amistades; preveía Jesucristo que subiendo á los cielos olvidarían insensiblemente sus discípulos sus beneficios y divinas instrucciones. No estuvo Moisés mas de cuarenta días en el monte, y ya no se acordaban los israelitas de los prodigios que habia hecho para sacarlos de Egipto. ¿Qué se ha hecho Moisés? se decían unos á otros; hagamos unos dioses que vayan delante de nosotros y nos defiendan de nuestros enemigos. Jesucristo, para remediar estas inconsistencias del corazón humano, quiso cuando subió á la Sion celestial dejarnos una prenda de su presencia; ésta quiere que nos sirva de consuelo en su ausencia: en ella debemos hallar la mas viva memoria de sus maravillas, de su doctrina, de sus beneficios, de su divina persona; en ella, bajo de misteriosas señales, le vemos nacido en Belem, educado en Nazareth, conversando con los hombres y recorriendo las ciudades de Judea, haciendo señales y prodigios que ninguno antes habia hecho, llamando para que le siguiesen á unos toscos discípulos para hacerlos maestros del mundo, confundiendo la hipocresía de los fariseos, anunciando la salud á los hombres, dejando en todas partes señales de su poder y de su bondad, entrando triunfante en Jerusalén, llevado al Calvario, espirando en una cruz vencedor de la muerte y del infierno, llevando consigo al cielo á los que estaban cautivos, como trofeos de su victoria, y formando despues su Iglesia con la efusión de su espíritu y la abundancia de sus dones: en una palabra, allí le hallamos en todos sus misterios.

Envidiais, dice San Juan Crisóstomo, la suerte de la Hemorroisa que toca sus vestiduras, de una pecadora que baña sus piés con sus lágrimas, de las mujeres de Galilea que tuvieron la felicidad de seguirle y servirle en los caminos de su mi-

nisterio, de sus discípulos con quienes trataba familiarmente, de los pueblos de aquel tiempo que oyeron las palabras de gracia y de salud que salieron de su boca; llamais felices á los que le vieron. ¡Cuántos reyes y profetas lo desearon en vano! Pero católicos, venid al altar, le vereis, le tocareis, le besareis santamente, le bañareis con vuestras lágrimas y aun le llevareis en vuestras entrañas como María Santísima en las suyas. Nuestros padres iban á la tierra Santa á adorar las huellas de sus piés y los lugares que habia consagrado con su presencia. Aquí, les decian, propuso la parábola del buen pastor y de la oveja perdida; aquí reconcilió á la mujer adúltera; aquí consoló á la pecadora; aquí consagró las bodas y los festines con su presencia; aquí multiplicó los panes para sustentar al pueblo hambriento; aquí impidió el que sus discípulos hiciesen bajar fuego sobre la ciudad pecadora; aquí se humilló hasta conversar con una mujer de Samaria; aquí permitió que los niños anduviesen alrededor de él y reprendió á los que querian apartarlos; aquí dió vista á los ciegos, piés á los cojos, libertó á los energúmenos, hizo hablar á los mudos y oír á los sordos: con estas palabras nuestros padres, arrebatados de un santo gozo, derramaban lágrimas de ternura y devocion sobre aquella tierra feliz; aquel espectáculo, aquellas imágenes les acordaban el tiempo, las acciones, los misterios de Jesucristo alentaban su fervor y consolaban su fe; los pecadores hallaban allí una suave confianza, los flacos una nueva fuerza y los justos nuevos deseos.

Católicos, no hay necesidad de pasar los mares, cerca de vosotros teneis la salud. La palabra que os predico entrará, si quereis, en vuestra boca y en vuestro corazon. Abrid los ojos de la fe, mirad estos altares, mirad que no son lugares á quienes Jesucristo consagró en otro tiempo con su

presencia; mirad que es el mismo Jesucristo; acercaos en su memoria. Venid, y avivad aquí lo tierno, lo penetrante, lo vivo de vuestro corazon para con este divino Salvador. La memoria de su piedad, que no sufría el romper una caña, ya cascada ni apagar una lámpara que aun humeaba, calmará vuestros furores é impaciencias. La memoria de sus trabajos y penosa vida confundirá vuestro regalo. La memoria de su modestia y humildad que le hizo huir cuando quisieron hacerle rey, curará vuestras vanidades, vuestros proyectos, vuestras frívolas pretensiones. La memoria de su ayuno cuadragenario os desengañará de las falsas razones que alegais para quebrantar el vuestro ó para mitigarle. La memoria de su celo contra los profanadores del templo, os enseñará el respeto y temor con que debeis entrar en él. La memoria de la simplicidad y frugalidad de sus costumbres, condenará las vanas superfluidades y los excesos de las vuestras. La memoria de su retiro, de su oracion, os enseñará á huir del mundo y á retiraros algunas veces á lo mas escondido de vuestras casas para pasar á lo menos algunas horas del dia en el indispensable ejercicio de la oracion. La memoria de su amor, de su compasion para con un pueblo hambriento, os dará entrañas de caridad para con los infelices. La memoria de sus santas conversaciones os instruirá para conversar con inocencia, santidad y utilidad para con los hombres. En una palabra, la memoria de todas sus virtudes, mas viva entonces y mas presente al corazon y al espíritu, os corregirá de todos vuestros desórdenes. Esto es lo que se llama comulgar en su memoria.

Pero llegar todos los dias al altar con las mismas flaquezas, familiarizarse con la carne de Jesucristo, de modo que no excite en nosotros sentimientos nuevos y nos de-

je en el mismo estado que estábamos; sustentarse con una vianda divina, y no creer; acercarse con frecuencia á este horno ardiente y no poder calentar vuestra tibieza; presentarse con unas culpas mil veces detestadas sin acabar de aborrecerlas; con unos hábitos de imperfeccion, que aunque leves en sí, no lo son, atendida la pasion é inclinacion que hace nos sean inevitables, y la circunstancia del Sacramento que nos exponemos á profanar: hacer profesion de la piedad, de huir del mundo, estar siempre en compañía de las cosas santas, y haber formado como un punto fijo de virtud sin pasar de allí jamás; andar continuamente repitiendo las mismas confesiones y recaidas, no estar mas adelantados en la virtud que al principio; despues de muchos años de ejercicios de piedad, haber retrocido y aflojado mucho del primer fervor; usar continuamente de este divino remedio sin experimentar alivio en nuestros males; amontonar Sacramento sobre Sacramento, si es lícito decirlo así, sin desocupar nunca el corazon para hacer lugar á esta celestial vianda; mantener envidias, rencores, delicadezas, aficiones ocultas, aborrecimiento á la mortificacion, deseos de agradar, de introducirse, de llegar á conseguir; hacer costumbre de las diversiones, de hablar con libertad de los prójimos, de usar de alegrías desordenadas y desahogos absolutamente mundanos, de pensamientos profanos, movimientos vanos, rodeos ajenos de la sinceridad, disfraces que se familiarizan con la mentira, impaciencias y ruidos; cultivar unas amistades que aunque cubiertas con el velo de piedad, solo las formó y las mantiene la inclinacion; ser extremamente celoso de su gloria, de sus intereses, de sus derechos, ponerse en arma al mas ligero desprecio sin poder sufrir ni aun el mas leve desaire; cuidar infinitamente de sí mismo, y buscar su estimacion en un adorno simple y mo-

desto; anhelar por su comodidad acaso con mas cuidado que una alma mundana, y con todo eso, sustentarse con el pan de los ángeles; ¡oh Dios mio! cosas son todas capaces de hacernos temblar.

¿No es comer indignamente este pan, el comerle con tantas flaquezas é imperfecciones? ¿Quién, Señor, sino vos, sabe lo que nosotros somos? Esto no es comulgar en vuestra memoria, el dia de la cuenta se manifestarán muchas obras al parecer justas, como un lienzo manchado en vuestra presencia; muchos de los que habian profetizado en vuestro nombre serán despreciados; en este estado todo debe temerse. A Pedro no le admitís á vuestra cena hasta despues de haberle lavado los piés, no obstante haberos asegurado que estaba limpio. Apartais á la Magdalena y la prohibís el que se acerque cuando salís del sepulcro, porque el principio de su fervor era aún un gusto demasiado sensible, no obstante que os habia amado mucho y habia lavado vuestros piés y sus pecados con sus lágrimas: y nosotros, Señor, llenos de miserias, faltos de sinceros frutos de penitencia, criados en el regalo y sensualidad, tibios y sin gusto, fijos en un cierto estado de piedad flaca é imperfecta, fundada mas en la costumbre y en los empeños de una profesion santa, que en vuestra gracia y en una fe viva y sólida, hacemos pasto ordinario de vuestro cuerpo. ¡Qué abismos, Señor! ¡Cuántos delitos habrá acaso en nosotros que ahora los ignoramos, de los que nos arrepentimos, los que infinitamente multiplicamos, y que son como el tronco en que ingerimos otras nuevas profanaciones! ¡Qué abismos, vuelvo á decir, y qué terribles secretos nos hará manifiestos vuestra luz en el terrible dia de la cuenta! ¡qué soy yo en vuestra presencia, Dios mio! Yo no puedo ni agradaros ni desagradaros con tibieza, mi condicion no permite estos es-

tados, que son como un medio entre la inocencia y el pecado: si no soy santo, soy un mónstruo; si no soy un vaso de honor, soy un vaso de ignominia; si no soy ángel de luz, no hay que dudar soy ángel de tinieblas; y si no soy templo vivo de vuestro espíritu, soy su profanador. ¡Oh Dios mio! y qué motivos tan poderosos son estos para velar, para cuidar de mí mismo, para ser circunspecto, para temblar al acercarme á vuestros altares, para humillarme, para llorar y para compungirme, esperando á que vuestros adorables juicios se manifiesten! Pero no basta, católicos, el comulgar en memoria de Jesucristo y acordarnos de su vida; es necesario tambien, y es la última disposicion, acordarnos de su muerte y anunciarla siempre que comemos su cuerpo y bebemos su sangre; y esto es lo que se llama fe generosa que nos hace sacrificar.

Cuarta reflexion. Siempre que comiéreis el cuerpo del Señor ó bebiéreis su sangre, anunciareis su muerte hasta que venga. ¿Qué significa esta sentencia? En el sentido literal se anuncia su muerte, porque este misterio fué preludio de su pasion, porque Judas formó entonces la última resolucion de entregarle, porque Jesucristo deseoso de sufrir el bautismo de sangre con que habia de ser bautizado, previno el cumplimiento y anticipadamente se inmoló á sí mismo con la mística separacion de su cuerpo y de su sangre; porque la Eucaristía es el sacrificio permanente de la Iglesia y la plenitud y fruto del de la cruz; y finalmente, porque Jesucristo está en él como muerto, pues tiene boca y no habla, ojos y no usa de ellos, piés y no anda. Pero, católicos, en este estado, tanto el impío como el justo, anuncian su muerte siempre que comen su cuerpo; reciben el misterio però no el mérito; esta es naturaleza del Sacramento y no privilegio del que le recibe; es efecto de

su institucion y no disposicion para recibirle. El fin, pues, del apóstol es precaver el abuso, enseñar á los fieles á comer dignamente el cuerpo del Señor, y manifestarles en los misterios que encierra este Sacramento, las disposiciones que pide. Hay, pues, un modo de anunciar la muerte del Señor que pasa en nuestros corazones, que nos dispone y nos prepara, que acostumbra la situacion de nuestra alma á la naturaleza de este misterio, que nos hace llevar en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, y que nos ofrece y sacrifica con él. Volvamos, pues, á tomar todas las razones que hemos apuntado, y mudemos la letra en espíritu.

Primeramente, se anuncia la muerte del Señor, porque este misterio fué preludio de su pasion. En los primeros tiempos la Eucaristía era un preludio del martirio; desde el instante que se declaraba el furor del tirano y empezaba á levantarse la persecucion, todos los fieles corrian á fortalecerse con este Pan de vida, llevaban á sus casas este precioso depósito, y teniendo á la vista esta preciosa prenda de su inmortalidad, no les parecia tan terrible la muerte y aun la deseaban, y los inefables consuelos que la presencia de Jesucristo, oculto bajo los místicos velos, derramaba ya en sus almas, les hacia suspirar por aquel torrente de delicias con que embriagará á sus escogidos cuando le vean cara á cara. Encarcelados, cargados de prisiones como malhechores, aunque el mundo no era digno de ellos, ocultaban cuidadosamente en su seno la divina Eucaristía, se sustentaban con la esperanza del martirio, engordaban con esta celestial vianda como víctimas preparadas para que su sacrificio fuese mas agradable al Señor: las vírgenes castas, los fieles fervorosos, los ministros santos, todos participaban juntos en los calabozos del pan de bendicion; de este modo todos estaban alegres en-

tre las cadenas y serenos en aquellos lugares oscuros; cantaban cánticos de acciones de gracias en aquellas lúgubres moradas, en las que no hallaba la vista sino tristes imágenes de la muerte y preparativos de los mas crueles suplicios. ¡Cuántas veces decian á Jesucristo, á quien tenian presente en aquel adorable Sacramento: Señor, pues estais entre nosotros, no temeremos los males, no tendremos miedo aunque nos veamos rodeados de ejércitos enteros, nuestros enemigos podrán perder nuestros cuerpos, pero vos los hareis gloriosos é inmortales; ¿pero quién podrá perder á los que os entregó vuestro Padre? Felices son estas cadenas, pues vos ayudais á llevarlas; santas son estas prisiones, pues las consagrais con vuestra presencia; amables son estas tinieblas, pues en ellas llenais nuestras almas de tantas luces; preciosa es la muerte que va á unirnos con vos y á rasgar los velos que os ocultan á nuestra vista. Con estas reflexiones, ¡qué valor no experimentaban en los tormentos! Llenos de la carne de Jesucristo, teñidos con su sangre, salian, dice el Crisóstomo, de sus calabozos como leones aún ensangrentados y sedientos de tormentos y muertes: volaban á los cadalsos, se presentaban en ellos con una santa valentía, miraban á una y otra parte con constancia y magnanimidad, atemorizando aun á los mas bárbaros tiranos y desarmando á los mismos verdugos. Anunciaban, pues, la muerte del Señor disponiéndose para el martirio.

La paz de nuestros siglos y la religion de nuestros soberanos, no nos permiten esta esperanza; ya no es la muerte la recompensa de la fe, ni la Eucaristía hace mártires; ¿pero no tenemos por ventura tiranos domésticos? ¿acaso nuestra fe debe solo temer á los tiranos? ¿no hay martirio de amor como de sangre? Católicos, una alma fiel al acer-

carse al altar suspira por la disolucion de su cuerpo terrestre, porque ¿cómo es posible que ame esta vida al mismo tiempo que anuncia la muerte de Jesucristo y cuando en estos signos místicos considera su salida del mundo para ir á buscar á su Padre celestial? Quéjase de lo dilatado de su destierro, llega al pié del santuario con un espíritu de muerte y de martirio. ¡Oh Señor! dice, pues vos estais muerto y crucificado para el mundo, ¿por qué me deteneis en él? ¿qué puedo yo hallar en la tierra que sea digno de mi corazon, no estando vos en ella? El mismo misterio que con vuestra presencia pudiera consolarme, me hace acordar de vuestra muerte; esos velos con que os ocultais son artificio de vuestro amor, y solo os encendeis para despertar en mi corazon el deseo de veros claramente. Criaturas vanas, ¿qué otra cosa hallo en vosotras sino una abominable privacion del Dios que busco? ¿Qué me respondeis cuando mi corazon engañado se vuelve hácia vosotras para calmar sus inquietudes? Volveos, me decís, al que nos hizo; nosotras gemimos esperando á que venga á librarnos de esta triste esclavitud que nos hace servir á las pasiones y á los errores de los hombres; no le busques entre nosotras, porque no le hallarás; ya resucitó y no está aquí: si alguna vez se manifiesta, es para morir todos los dias; recoge los deseos y afectos que querias entregarnos y envíalos hácia el cielo; nos han robado al esposo, ya la tierra no es para el cristiano mas que una morada de suspiros y lágrimas; esto es lo que nos responden. ¿Pues qué es, Señor, lo que me detiene en la tierra? ¿cuáles son los lazos y los encantos que pueden unirme al mundo? Inquieto en los placeres, impaciente con la ausencia, enfadado de las conversaciones y comercio de los hombres, atemorizado con la soledad, sin gusto para el mundo, sin gusto para la vir-